

# Instituto de Desarrollo Económico y Social

---

Ideologías sindicales y políticas estatales en la Argentina, 1930-1943

Author(s): Joel Horowitz and Sibila Seibert

Source: *Desarrollo Económico*, Vol. 24, No. 94 (Jul. - Sep., 1984), pp. 275-296

Published by: {ides}

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/3466741>

Accessed: 05-09-2015 18:25 UTC

---

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



*Instituto de Desarrollo Económico y Social* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Desarrollo Económico*.

<http://www.jstor.org>

## IDEOLOGIAS SINDICALES Y POLITICAS ESTATALES EN LA ARGENTINA, 1930-1943\*

JOEL HOROWITZ

El tipo de relaciones existentes entre el gobierno y el movimiento obrero permiten definir el carácter de los sindicatos. La represión, la cooperación o la falta de ella, son todos elementos importantes que determinan las tácticas sindicales y su ideología. Ellos ayudan a fijar los límites de lo posible. Es por ello que la interrelación no debe considerarse en forma unidimensional, es decir, no puede reducirse a las formas obvias de intervención en el conflicto entre trabajo y capital. La clase obrera juega un rol, aunque menor, en el juego político multidimensional<sup>1</sup>.

En la Argentina los sindicatos podían tener acceso al gobierno de muchas maneras. Las distintas ramas del aparato estatal podían usarse para presionar a los organismos encargados de tomar decisiones. Así, se sancionaron leyes y también se indujo a los entes oficiales a intervenir. El Poder Ejecutivo podía actuar también en el campo laboral. Las conexiones de los sindicatos con los partidos políticos eran vitales en este juego ya que los gobiernos definían en parte su actitud hacia cada uno de los sindicatos según la índole de sus contactos políticos.

Las relaciones entre el gobierno y el movimiento obrero ayudaron a determinar la ideología política de los sindicatos aun antes de 1943 y del surgimiento de Juan D. Perón. No todo fue negativo en esta relación: la cooperación había comenzado en 1916. Sin embargo, antes de 1943 los gobiernos no tuvieron interés en hacer que el movimiento obrero participara en el sistema político. Las élites gobernantes no veían a la clase obrera como actora potencialmente importante en la escena política y trataban a los sindicatos de un modo arbitrario.

Ello no se debía meramente a que el movimiento obrero no tuviese importancia o que el sector moderno de la economía fuese insignificante. Comparado con el resto de América Latina, podría afirmarse todo lo contrario y, sin embargo, las élites argentinas no siguieron el ejemplo de sus contrapartes en Chile o México, por ejemplo, ya que no actuaron sistemáticamente

\* La investigación en que se basa este trabajo contó con el apoyo de la Fundación Doherty y el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de California, Berkeley. También quiero agradecer a Túlio Halperin Donghi, a David Collier, a Kenneth Coleman y a Francisco Zapata por sus comentarios sobre el artículo preliminar.

<sup>1</sup> Véase F. G. BAILEY: *Stratagems and Spoils: A Social Anthropology of Politics*, Nueva York, 1969.

para encuadrar el papel de los sindicatos por medio de leyes laborales, ni tampoco impulsaron a las organizaciones obreras a unirse al sistema político<sup>2</sup>. Para triunfar en el juego político no era necesario recurrir a una alianza abierta con la clase obrera.

También los sindicatos preferían estos vínculos informales. Por motivos ideológicos, era difícil aliarse abiertamente con los gobiernos burgueses. A pesar de ello, había una necesidad urgente de cooperación ya que, frente a la hostilidad general de los patrones, el gobierno constituía un vital mecanismo de apelación.

Sólo después de la victoria de los radicales en las primeras elecciones presidenciales sin fraude, realizadas en 1916, se desarrolla una relación continua entre el gobierno y los sindicatos. Este tipo de interacción cambió durante el período neoconservador (1930-1943), si bien ciertos elementos siguieron siendo los mismos. Las modalidades de la relación entre los sindicatos y el gobierno ayudaron a determinar las orientaciones políticas dominantes en las organizaciones obreras<sup>3</sup>.

La interacción de sindicatos y gobiernos radicales ha sido estudiada en profundidad por David Rock en su excelente libro *Politics in Argentina 1890-1930: The Rise and Fall of Radicalism*<sup>4</sup>, de modo que en el presente artículo nos limitaremos a abordar el período neoconservador. Cabe, no obstante, una breve digresión sobre el período radical para investigar los cambios que ocurrieron después de 1930.

### Los años del radicalismo

Antes de 1916 las élites gobernantes se preocupaban de la política de la clase obrera solamente cuando los sectores populares lograban quebrar la paz, lo cual sucedía con frecuencia, debiendo el gobierno recurrir a la represión<sup>5</sup>. Como en muchos otros países, el incipiente movimiento obrero en la Argentina estaba dominado por los anarquistas. El desprecio del gobierno por la clase obrera se correspondía, durante este período, con la

<sup>2</sup> Para comparar distintos países latinoamericanos, véase Ruth Berins COLLIER y David COLLIER: "Inducements vs. Constraints: Disaggregating Corporatism", *American Political Science Review*, 73, diciembre de 1979, págs. 967-86.

<sup>3</sup> He focalizado mi atención sobre los sindicatos más que en las confederaciones porque creo que éstas hasta 1943 no tuvieron mucha importancia real, lo cual se refleja en las oscilaciones del número de agremiados. Los cambios de índole política en las confederaciones que se produjeron en el período neoconservador están muy bien tratados en Isidoro CHERESKY: "Sindicatos y fuerzas políticas en la Argentina preperonista (1930-1943)", *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 31, diciembre de 1981, págs. 5-42.

<sup>4</sup> David ROCK: *Politics in Argentina 1890-1930: The Rise and Fall of Radicalism*, Londres, 1975.

<sup>5</sup> Los comienzos de la historia del movimiento obrero pueden consultarse en Diego ABAD DE SANTILLAN: *La F.O.R.A.: Ideología y trayectoria*, 2a. edición, Buenos Aires, 1971, págs. 7-239; Sebastián MAROTTA: *El movimiento sindical argentino*, Buenos Aires, 1960, 1961, I, II, 11-198; Isaac OVED: *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentino*, México, 1978; Jacinto ODDONE: *Gremialismo proletario argentino*, 2a. edición, Buenos Aires, 1975, págs. 15-370; Hobart SPALDING: *La clase trabajadora argentina*, Buenos Aires, 1970; Jorge N. SOLOMONOFF: *Ideologías del movimiento obrero y conflicto social*, Buenos Aires, 1971.

actitud de los anarquistas de rehuir todo contacto con el Estado y la política. Sin embargo, el surgimiento de dos fuerzas, el radicalismo en el ámbito político y la tendencia sindicalista en los gremios, cambiaron las relaciones entre el gobierno y el movimiento obrero.

Entre estos dos movimientos existía una superposición de intereses. El sindicalismo había emergido después de 1910 como fuerza dominante en el movimiento obrero, debido en parte a la represión oficial a los anarquistas. En el nivel ideológico, el sindicalismo desdeñaba todo contacto con el sistema político burgués, pero desplegaba una disposición práctica a negociar con los gobiernos, a fin de lograr éxitos en las reivindicaciones cotidianas. El sindicalismo estaba dispuesto a establecer conexiones que no involucraran a la estructura política formal; quería, en rigor, negociar directamente con los funcionarios estratégicos del Poder Ejecutivo.

Esta actitud concordaba con los deseos de la Unión Cívica Radical y de Hipólito Yrigoyen en 1916. Dado que este partido era una organización popular multisectorial, tenía interés en recibir votos de todos estos sectores y trataba de evitar en forma manifiesta sostener una clase en detrimento de otra. Yrigoyen no estaba interesado en la creación de un movimiento obrero radical, puesto que ello hubiese debilitado el apoyo de otros sectores, pero lo que sí le interesaban eran los votos. Así, los sindicalistas tendían a ser un objetivo interesante por dos motivos. En primer lugar eran argentinos nativos y por lo tanto podían votar<sup>6</sup>. Por otra parte, como el sindicalismo no tenía conexiones con los partidos políticos, era susceptible al tipo de catequización que se proponían los radicales.

Yrigoyen consiguió el apoyo de la clase obrera gracias a su actitud durante las huelgas organizadas por los gremios sindicalistas. En lugar de utilizar el aparato represivo del Estado para ayudar a los patrones, en los años posteriores a 1916, la policía asumió una postura más neutral en ciertas ocasiones. En otras se presionó a los patrones para que pusieran fin a las disputas en términos que favorecieran a los obreros. El interés del gobierno se concentró primordialmente en las actividades vitales, tales como portuarias y ferroviarias, donde existían grandes concentraciones de obreros calificados que vivían en distritos electorales estratégicos.

Esta actitud de los radicales fue importante para el crecimiento del movimiento obrero. Las organizaciones laborales no tenían personería jurídica<sup>7</sup>, la mayoría de los gremios eran reducidos y sólo representaban una baja proporción de los trabajadores en la industria. Con muy pocas excepciones, la burguesía industrial no estaba dispuesta a negociar con los gremios. El movimiento obrero necesitaba de influencias externas para presionar a los patrones y el gobierno era la única fuerza disponible. Algunos gremios llegaron a depender muy estrechamente de la intervención activa del gobierno para subsistir. No se quiere sugerir que el movimiento obrero fuese obsecuente, sino que las metas que podía fijarse eran muy limitadas, en parte

<sup>6</sup> ROCK, op. cit., págs. 87-9.

<sup>7</sup> Unos pocos tenían personería jurídica, con lo cual su posición legal era parecida a la de un club deportivo.

por su propia debilidad y en parte también por la actitud del gobierno y de la patronal. Cuando los gremios desistían de sus objetivos revolucionarios, aunque no siempre de la retórica, lo hacían sólo para adecuarse razonablemente a las condiciones reales de su existencia; para operar así algún tipo de restricción a sus demandas a cambio de la ayuda oficial.

Como los radicales estaban interesados fundamentalmente en ganar votos, no necesitaban de un plan muy preciso para negociar con el movimiento obrero. Reaccionaban frente a las iniciativas de los sindicatos y tomaban las decisiones de acuerdo con cada situación en particular. Si las condiciones eran propicias, el gobierno estaba dispuesto a brindar su apoyo. En 1917, por ejemplo, el gobierno dudó antes de mandar a las tropas para mantener el orden durante una huelga en los ferrocarriles de la provincia de Santa Fe. Finalmente obligó a la empresa a que llegara a un acuerdo en términos que fueran favorables a los trabajadores, en parte también porque deseaba fortalecerse políticamente en esa provincia. El gobierno de Yrigoyen tenía interés en granjearse la buena voluntad de los obreros ferroviarios, siempre que el costo no fuese demasiado alto. Cuando las huelgas se hicieron demasiado frecuentes y amenazaron con interferir seriamente en el transporte, Yrigoyen retiró su apoyo<sup>8</sup>.

La intervención de los radicales en la lucha entre trabajo y capital no se limitó a la industria del transporte. A principios de 1919, los obreros de la incipiente industria telefónica intentaron formar su propio gremio y fueron a la huelga durante veinte días con ese fin. La huelga terminó con la intervención directa de Yrigoyen, quien ofreció los servicios del jefe de policía de la Capital Federal como mediador<sup>9</sup>.

Por otro lado, como el interés de Yrigoyen por el movimiento obrero estaba motivado principalmente por consideraciones prácticas, el gobierno reaccionaba con vigor frente a aquellas actividades gremiales que consideraba amenazadoras desde un punto de vista político. Cuando en 1917 un gremio vinculado al Partido Socialista llevó a una huelga a los trabajadores municipales, el gobierno no vaciló en aplastarla. Sólo aceptó negociar después de que la corriente sindicalista fue convencida para intervenir a favor de los huelguistas<sup>10</sup>.

Los intentos de Yrigoyen de conseguir apoyo, interviniendo en las huelgas lideradas por los sindicalistas, duraron hasta que la violencia obrera

<sup>8</sup> Véase, por ejemplo, Alfredo FERNANDEZ: *El movimiento obrero en la Argentina*, Buenos Aires, 1935, I, Nós. 4 y 5, 217-45, II, 251-53; Paul GOODWIN: *Los ferrocarriles británicos y la UCR*, Buenos Aires, 1974, págs. 69-148; ROCK, op. cit., págs. 138-52; Juan B. CHITI y Francisco AGNELLI: *Cincuentenario de "La Fraternidad"*, Buenos Aires, 1937, págs. 318, 383-404; Manuel F. FERNANDEZ: *La Unión Ferroviaria a través del tiempo*, Buenos Aires, 1948, págs. 83-101. Actividades similares tuvieron los obreros portuarios; véase MAROTTA: op. cit., II, págs. 202-06; Robert SHIPLEY: "On the Outside Looking In: A Social History of Porteño Worker during the 'Golden Age' of Argentine Development", tesis de doctorado, Rutgers University, 1977, págs. 282-87.

<sup>9</sup> FEDERACION DE OBREROS Y EMPLEADOS TELEFONICOS: *Luchas y conquistas*, Buenos Aires, 1944, págs. 8-18.

<sup>10</sup> Francisco PEREZ LEIROS: "Instituto Di Tella. Programa de Historia Oral", pág. 13 (que de aquí en más llamaremos IDTPHO); PARTIDO SOCIALISTA: *Anuario socialista 1930*, Buenos Aires, 1929, págs. 209-11; Martín CASARETTO: *Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, 1946, I, págs. 179-81; ROCK, op. cit., págs. 132-34.

amenazó con alienarle a otros sectores de esa gran coalición que era la Unión Cívica Radical. Entre los años 1917 y 1920 se observó una intensa actividad obrera, favorecida por la aquiescencia del gobierno, por la inflación y por las esperanzas creadas por la Revolución Rusa. Este último acontecimiento sembró el pavor en la burguesía argentina e hizo cada vez más difíciles las relaciones que los radicales habían establecido con los trabajadores. La burguesía imaginó que una revolución similar podía producirse en la Argentina<sup>11</sup>. La violencia masiva desatada por los obreros en enero de 1919 (la Semana Trágica), que dejó cientos de muertos, combinada con el fortalecimiento del apoyo a los radicales en áreas sin una influencia sindical importante, es lo que con el tiempo los llevó a desalentar las huelgas<sup>12</sup>. El movimiento obrero se estaba convirtiendo en un potencial riesgo.

El amparo de Yrigoyen había permitido que la corriente sindicalista tuviese cada vez más importancia y que dominase el movimiento gremial. Su confederación se expandió rápidamente; claro que no sólo por el apoyo del gobierno, pero la ayuda de este jugó un papel esencial. Si bien la posición del sindicalismo se fue debilitando frente a otros sectores obreros en los años '20, siguieron siendo la fracción más poderosa en el movimiento obrero<sup>13</sup>. Esto se debió, en parte, al cambio de actitud de los radicales, posterior a 1919.

Los radicales abandonaron su táctica anterior de ayudar a las huelgas y apoyaron a aquellos gremios que no constituyeran una amenaza de tipo disruptivo, como había ocurrido en el período previo. Su interés seguía siendo el de atraerse adhesiones políticas. No es que pusieran demasiado empeño en ello, pero el apoyo que dieron a la Unión Ferroviaria, recientemente constituida, fue vital para su éxito.

La Fraternidad, el gremio de los ingenieros y fogoneros, ayudó a fundar la Unión Ferroviaria en 1922 porque creía que sólo tendría éxito cuando se hubiesen organizado todos los obreros ferroviarios. Los primeros dirigentes de la Unión Ferroviaria, que se habían comprometido entre 1917 y 1919 en una ola de huelgas finalmente derrotadas, estuvieron marcados por la falta de disciplina y los reveses de esos años. También se dieron cuenta de lo valioso que podía ser el apoyo oficial. Así el sindicato se articuló sobre los principios que habían deducido a partir de las experiencias pasadas: centralización del poder y disciplina férrea; no se permitiría a los grupos

<sup>11</sup> El número creciente de huelgas puede verse en DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO: *Estadística de las huelgas*, Buenos Aires, 1940, pág. 20. Para la inflación, véase Guido DI TELLA y Manuel ZYMELMAN: *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, 1967, págs. 317, 343. El miedo por el impacto de la Revolución está en Darío CANTÓN, José L. MORENO y Alberto CIRIA: *Argentina: La democracia y su crisis*, vol. VI de la Colección Historia Argentina, editada por Túlio Halperin Donghi, Buenos Aires, 1972, págs. 66-7.

<sup>12</sup> ROCK, op. cit., págs. 163-200. SHIPLEY (op. cit., págs. 292-312) dice que los problemas del movimiento obrero se debían en gran parte a la presión que contra ellos ejercía la patronal.

<sup>13</sup> No existen estadísticas confiables para los años '20. Nuestra opinión se basa en el hecho de que la Unión Ferroviaria puede ser calificada de sindicalista a pesar de los numerosos activistas socialistas que participaban en el gremio. La organización defendió siempre una postura apolítica. Para ver las cifras disponibles de agremiados, véase Joel HOROWITZ: "Adaptation and Change in the Argentine Labor Movement: A Study of Five Unions", tesis de doctorado, Universidad de California, Berkeley, 1979, págs. 148-50.

locales una acción independiente. La Unión Ferroviaria se mostró renuente a la huelga, prefiriendo usar en cambio tácticas que evidenciaran el poder de la organización sin detener por completo el tránsito ferroviario<sup>14</sup>.

Este era el tipo de filosofía que propiciaban los radicales y fue así como se establecieron rápidamente conexiones entre el gremio y el gobierno. Durante la presidencia de Marcelo T. de Alvear, la Unión Ferroviaria consiguió una serie de concesiones importantes, amparada por el deseo del presidente de encontrar nuevos aliados políticos. Los sueldos aumentaron en forma considerable; los ascensos se reglamentaron de modo de limitar el favoritismo y dar importancia a la antigüedad; tanto las empresas como el estado entendieron que el sindicato constituía el agente de negociaciones de los trabajadores; se establecieron procedimientos para canalizar los reclamos. Estas victorias se obtuvieron con el apoyo del gobierno<sup>15</sup>. Los sindicatos ferroviarios fueron las primeras organizaciones obreras que lograron una relación continuada con el gobierno. La Fraternidad representaba a un grupo relativamente pequeño de obreros calificados, pero la Unión Ferroviaria obtuvo concesiones para obreros de todo tipo.

¿Cómo se explica que la Unión Ferroviaria pudiera hacer todo esto? El sindicato asumió funciones que deberían haber sido del gobierno, como lo era el mantenimiento del orden en el extenso sistema ferroviario. En una huelga local, la Unión Ferroviaria utilizaba su poder para aislar dicha medida de fuerza. Cuando las autoridades decidían poner fin a un paro, no era necesario mandar las tropas, puesto que los dirigentes del sindicato asumían la responsabilidad de restaurar el servicio. La Unión Ferroviaria constituía, así, un reaseguro contra una huelga nacional devastadora, confrontación que no podía ser beneficiosa ni para el gobierno ni para la dirigencia sindical.

La Unión Ferroviaria también resultaba atractiva para los radicales porque era manifiestamente "apolítica". Los dirigentes eran en parte sindicalistas y socialistas, pero su interés primordial residía en la actividad gremial más inmediata. Antonio Tramonti, presidente del sindicato desde 1922 hasta 1934, fue acusado por los sindicalistas de favorecer a los socialistas en la época del '20, aunque en los años '30 lo acusaron los socialistas de favorecer a los sindicalistas. De hecho era un hombre preocupado principalmente por el sindicato y tal vez fuese, en segundo lugar, sindicalista<sup>16</sup>. Esta falta de compromiso político gozó del beneplácito de los radicales,

<sup>14</sup> De acuerdo con Charles ANDERSON, "los rivales políticos" entran en América Latina al sistema demostrando su poder pero utilizándolo en forma restringida. *Politics and Economic Change in Latin America: The Governing of Restless Nations*, Nueva York, 1967, págs. 105 y sigs. Para la historia de la Unión Ferroviaria, véase Manuel FERNANDEZ: *La Unión Ferroviaria*, op. cit.; HOROWITZ, op. cit.; Heidi GOLDBERG: "Railroad Unionization in Argentina, 1912-1929: The Limitations of Working-Class Alliance", tesis de doctorado, Universidad de Yale, 1979.

<sup>15</sup> Resúmenes del proceso se pueden consultar en GOODWIN, op. cit., págs. 219-59; M. FERNANDEZ, op. cit., págs. 163-76. Ejemplos de los contratos constan en UNION FERROVIARIA: *Memoria y balance de la Comisión Directiva, 1925*, Buenos Aires, 1926, págs. 5-13.

<sup>16</sup> Véase los comentarios de Tramonti en Unión Ferroviaria: Libros de actas de la Comisión Directiva, Acta 22, 20 de diciembre de 1933, págs. 44, 53-5. Véase también sus comentarios sobre los partidos políticos en Comisión Especial de Representantes de Empresas y Obreros Ferroviarios: *Revisión de escalafones, convenios y reglamentos*, Buenos Aires, 1930, pág. 159.

quienes pudieron ampliar sus bases a través de mayores concesiones. Para la Unión Ferroviaria la fórmula también resultó atractiva porque creció rápidamente hasta convertirse en el sindicato más grande de la Argentina. En 1925 tenía 28.432 asociados y 70.793 en 1930<sup>17</sup>.

Es indudable que la relación establecida por la Unión Ferroviaria con el gobierno era excepcional, si bien otros gremios, incluyendo marítimos y tranviarios, intentaron seguir sus pasos<sup>18</sup>. Los radicales querían expandir el número de organizaciones con las que pudiesen cooperar. Por ejemplo, en 1929, durante la segunda presidencia de Yrigoyen, éste obligó a la compañía de teléfonos a firmar un contrato con el gremio, de tendencia sindicalista, recientemente fundado<sup>19</sup>.

Las interacciones de gremios y gobierno se mantuvieron en el plano informal, situación que convenía a ambas partes. A los radicales sólo le interesaban los votos y el movimiento obrero sindicalista "apolítico" se adecuaba perfectamente a este deseo. Los sindicalistas, por su parte, no querían atarse abiertamente al gobierno, sino sólo mejorar los sueldos y las condiciones de trabajo. Cabe destacar, sin embargo, que con el tiempo la condición "apolítica" del sindicalismo se volvió una cobertura retórica que encubría en verdad los vínculos reales con el radicalismo. Estos lazos no podían confesarse abiertamente dentro de un contexto en el que eran mal vistas las alianzas con los partidos burgueses, pero de hecho existían. Luis M. Rodríguez, importante dirigente sindical de la Unión Ferroviaria desde fines del '20 hasta principios del '30, era afiliado de la Unión Cívica Radical, así como lo eran también varios líderes ferroviarios. Luis F. Gay, figura dominante en el sindicato de telefónicos desde su fundación en 1928 hasta 1946, no pertenecía a la UCR, pero su contacto era estrecho<sup>20</sup>. El hecho de que los gremios sindicalistas dependieran tanto del gobierno radical habría de crearles problemas en 1930, después del derrocamiento del partido.

### El gobierno militar y los neoconservadores, 1930-1943

El golpe de Estado contra Hipólito Yrigoyen en setiembre de 1930 marca el fin del sistema político creado por los radicales y también el tér-

<sup>17</sup> UNION FERROVIARIA: *Memoria y balance de la Comisión Directiva, 1925*, pág. 35; UNION FERROVIARIA; *Memoria y balance correspondiente al año 1930*, Buenos Aires, 1931, pág. 18.

<sup>18</sup> PARTIDO SOCIALISTA: *Anuario socialista 1930*, pág. 149-51; UNION TRANVIARIOS: *Reseña de la labor sindical (1919-1933)*, Buenos Aires, 1933, pág. 11.

<sup>19</sup> Entrevista con Luis F. Gay, Buenos Aires, 17 de octubre de 1975; Luis F. GAY, IDTPHO, pág. 2; FEDERACION DE OBREROS Y EMPLEADOS TELEFONICOS, op. cit., págs. 34-7. Embajada de los Estados Unidos de América en Buenos Aires al secretario de Estado, 25 de setiembre de 1930, National Archives Record Group 59, file N° 835.504/67.

<sup>20</sup> Para Rodríguez, véase *El Obrero Ferroviario*, 1º de abril de 1936; FEDERACION DE OBREROS Y EMPLEADOS FERROVIARIOS: *Motivos de su creación*, Buenos Aires, 1939, págs. 22-3. Gay sostiene que siempre tuvo simpatía por la filosofía de Yrigoyen y si bien dice que no fue miembro del partido, consiguió su primer puesto para trabajar en la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires a través de las influencias de su padre que era radical. También participó en una de las conspiraciones radicales contra el gobierno neoconservador. Entrevistas con Gay en Buenos Aires, el 17 de octubre de 1975 y el 31 de marzo de 1976.

mino de una época de intercambios entre el movimiento obrero organizado y el gobierno. Si bien los neoconservadores no descartaron las lecciones aprendidas en el período anterior, exhibieron poco interés por los sindicatos. Además, la dependencia del gobierno del fraude electoral, hacía que una alianza tácita con los sindicalistas careciera de valor político. Por otra parte, los socialistas ayudaron a legitimar al régimen, si bien se oponían a él, siendo pues importante incluirlos dentro del sistema. Es así que los neoconservadores ayudaron a veces a los socialistas en el campo laboral, de tal forma que los gremios dominados por éstos pudieron crecer y empujar hacia una mayor politización del movimiento obrero.

Los cambios se produjeron lentamente, ya que la dictadura del general José F. Uriburu tuvo un impacto decisivo sólo sobre dos sectores del movimiento obrero: el de anarquistas y comunistas. Sobre estos dos grupos se desató una represión feroz, desconocida hasta ese momento y que puso a ambos en la ilegalidad. Los anarquistas nunca pudieron recuperarse y dejaron de tener influencia sobre el movimiento obrero<sup>21</sup>. Los comunistas retomaron su actividad al finalizar el gobierno de Uriburu.

El régimen nunca enunció claramente su actitud frente a los sindicatos, salvo la de reprimir a las organizaciones que constituyan una amenaza para el Estado. Los partidos políticos carecieron de poder y las peticiones de los sindicatos en la lucha por preservar las condiciones existentes en una economía que se estaba deteriorando rápidamente, debieron dirigirse al régimen militar. La actividad gremial estaba obstaculizada también por el estado de sitio, la ley marcial y la represión en general<sup>22</sup>. En el gobierno de Uriburu había dos tendencias: la más dura consideraba a la clase obrera como algo que debía tolerarse en el mejor de los casos o bien suprimirse; la otra era corporativista. Este último grupo, con base en el Departamento Nacional de Trabajo, propugnaba el cumplimiento de leyes laborales, táctica que Perón utilizaría con éxito poco más de una década después. En ese momento el grupo corporativista no tenía el poder suficiente para llevar a cabo sus planes y poco antes del fin del régimen de Uriburu había sido desplazado de sus cargos<sup>23</sup>. Las autoridades militares estaban motivadas además por una consideración de orden práctico: la supervivencia.

El destino de los sindicatos fue variado: la relación de la Unión Ferroviaria y de La Fraternidad con el gobierno, por ejemplo, cambió muy poco con respecto al período radical. Si bien el régimen militar no tenía interés por los votos, tampoco podía permitir un gran malestar en el sistema ferroviario. Cuando tuvo que intervenir en una disputa entre la empresa de ferrocarriles y las organizaciones laborales acerca de reducción de salarios y des-

<sup>21</sup> HOROWITZ, op. cit., pags. 13-15 y 175-79.

<sup>22</sup> Ibíd., págs. 175-242.

<sup>23</sup> Para apreciar las tendencias corporativistas, especialmente en el Departamento Nacional del Trabajo, véase en primer lugar DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO: *Crónica Mensual*, setiembre de 1930, págs. 3310-11, y *La Vanguardia*, setiembre de 1930 a agosto de 1931 y especialmente 2 y 17 de octubre, 6 de diciembre de 1930, 24 de mayo, 29 de julio al 2 de agosto de 1931. Lo endeble de esta tendencia se puede ver en las páginas de *La Vanguardia* y en las siguientes citas.

pidos, la solución propuesta por el gobierno fue muy similar a las propuestas defendidas por los dos gremios<sup>24</sup>.

La capacidad de los gremios ferroviarios de obtener una ayuda efectiva del Estado fue bastante excepcional. La posición de los demás gremios se deterioró fuertemente. Si bien en ciertos niveles de gobierno se actuaba de modo favorable a los sindicatos, a menudo no recibieron apoyo de otros sectores del régimen. En este sentido, la experiencia de la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos es típica. Cuando se suspendió por tiempo indeterminado a un grupo de obreros telefónicos, la organización fue a ver al jefe de policía de la Capital Federal. Enarbolando sentimientos nacionalistas contra el maltrato de argentinos por una corporación extranjera, el gremio logró persuadir al jefe de policía para que negociara un acuerdo. Sin embargo, la victoria fue efímera ya que muchos de los obreros reincorporados fueron despedidos nuevamente unos meses más tarde<sup>25</sup>. Los obreros telefónicos también acudían con regularidad al Departamento Nacional del Trabajo, ente que debía reglamentar los problemas obreros en la Capital Federal. A éste se pedía ayuda en el caso de despidos, especialmente de dirigentes gremiales. Aunque el Departamento no prestaba oídos sordos, era impotente frente a la compañía de teléfonos, que se rehusaba a negociar con el sindicato<sup>26</sup>.

La experiencia del gremio socialista de los textiles es similar. El Departamento Nacional del Trabajo intervino en huelgas limitadas, provocadas por reducción de sueldos o despidos, pero sólo era efectivo cuando las empresas estaban dispuestas a colaborar<sup>27</sup>. A pesar de la buena voluntad de ciertos funcionarios, el régimen de Uriburu mantuvo su actitud hostil frente a los sindicatos. Los militares no hubiesen tolerado la huelga en un sector de tanta importancia política como la industria del teléfono y, a excepción hecha de los ferroviarios, no intentó proteger a los obreros, a pesar del deterioro de las condiciones económicas.

La primera etapa del período posterior a 1930 terminó, en parte, debido a conflictos dentro de la coalición que había dado el golpe de Estado. Una tendencia, de militancia derechista y liderada por el general Uriburu, pretendía cambiar profundamente la esencia de la sociedad argentina. La otra, con el general Agustín P. Justo a la cabeza, quería retornar a la normalidad política, eliminando a los radicales del poder<sup>28</sup>. Este último grupo

<sup>24</sup> *La Prensa*, agosto-noviembre, especialmente 15 de agosto, 18-20 de noviembre de 1931; *La Vanguardia*, agosto-noviembre, especialmente 9 y 10 de setiembre, 3 de octubre y 20 de noviembre de 1931; *El Obrero Ferroviario*, 1º de setiembre a 16 de noviembre de 1931; *Unión Ferroviaria*, Libro de actas de la Comisión Directiva, acta 13, 20 de agosto de 1931, págs. 4-8, actas 18-20, 21 de octubre al 13 de noviembre de 1931.

<sup>25</sup> Federación de Obreros y Empleados Telefónicos, op. cit., págs. 78-80; *La Vanguardia*, 14 de setiembre de 1930.

<sup>26</sup> Véase por ejemplo, *Federación*, octubre de 1930, febrero de 1931; *La Vanguardia*, 8, 15 y 23 de octubre, 5 de noviembre de 1930 y 10 de febrero de 1931.

<sup>27</sup> Por ejemplo, la suerte de los obreros en la planta Narciso Muñoz, *La Vanguardia* 26 de setiembre al 4 de octubre de 1930 y 16 de enero de 1931; DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO: *Crónica Mensual*, octubre-diciembre, 1930, pág. 3345.

<sup>28</sup> El análisis más perceptivo de las facciones implicadas en el golpe es el de Robert POTASH:

quería llamar a elecciones toda vez que pudiera asegurarse el resultado pretendido. Cuando el grupo de Uriburu perdió su prestigio y fue obligado a renunciar, la elección obvia para la presidencia recayó sobre Justo. Este se enfrentó con un problema grave para legitimar su régimen a través de la vía electoral: los radicales todavía seguían siendo el partido mayoritario<sup>29</sup>. Pudo triunfar en las elecciones presidenciales de 1931 gracias a que el gobierno provocó la abstención de los radicales y utilizó el fraude. Sin embargo, una vez elegido, Justo tenía que gobernar.

La cuestión que se le planteaba a Justo era cómo dar al país una apariencia de democracia cuando todos sabían que el gobierno no representaba a la mayoría del electorado. La situación se complicó aún más debido a la postura del Ejército, que no quería jugar un rol activo en el gobierno civil: tampoco lo quería Justo<sup>30</sup>. El uso del fraude electoral tampoco aseguró a los neoconservadores el control político absoluto, debido a que ellos también estaban muy divididos. Los neoconservadores nunca pudieron controlar con firmeza la Cámara de Diputados, de modo que el gobierno se veía obligado a transitar por la cuerda floja o bien ignorar totalmente al cuerpo legislativo<sup>31</sup>.

El gobierno de Justo y sus dos sucesores representaron un ejemplo más del viejo estilo político de las oligarquías terratenientes en un país que estaba cambiando rápidamente y frente al cual los grupos neoconservadores quedaban en situación bastante incierta. En los años previos al retorno de los radicales al proceso electoral (1936), los socialistas constituyeron una fuerza clave en el Congreso. En problemas poco controvertidos y que gozaban del apoyo de la opinión pública, los neoconservadores hacían concesiones a los socialistas. El quid pro quo tácito, pero asumido, era que la oposición socialista continuaría cooperando en tanto aceptara la legitimidad del régimen. Esto tuvo gran importancia para el movimiento obrero y ayudó a los gremios a crecer con orientaciones políticas definidas. Otro factor que favoreció a los sindicatos fue que este gobierno, endeble desde el punto de vista político, no podía tolerar el descontento obrero. Se había aprendido una lección en los años del radicalismo: el orden podía mantenerse en más de una manera. La represión de los trabajadores no era siempre el procedimiento más fácil; a menudo era mejor obligar a la patronal a realizar conce-

*The Army and Politics in Argentina, 1928-1945: Yrigoyen to Perón*, Stanford, California, 1969, págs. 42-65.

<sup>29</sup> A pesar de haber perdido las elecciones antes del golpe, los radicales volvieron a triunfar debido al descrédito del gobierno de Uriburu. Los radicales obtuvieron la mayor cantidad de los votos en las elecciones para gobernador de la provincia de Buenos Aires a mediados de 1931.

<sup>30</sup> Sin embargo, el Ejército tenía miedo del posible retorno de los radicales y las represalias que esto pudiese traer. POTASH, op. cit., págs. 89-96.

<sup>31</sup> Para la representación partidaria en la Cámara de Diputados, véase CAMARA DE DIPUTADOS, División Archivo, Publicación y Museo: *Composición de la Cámara de Diputados de la Nación: por partidos políticos y distritos electorales*, Buenos Aires, 1956, págs. 30-41. En 1937 el Congreso sólo sancionó tres decretos, dos de los cuales autorizaban al presidente a irse de vacaciones, Ysabel F. RENNIE: *The Argentine Republic*, Nueva York, 1945, pág. 262. Comentarios sobre el deterioro de la Legislatura pueden verse en Alberto CIRIA, *Parties and Power in Modern Argentina* (traducido por Carlos A. Astiz), Albany, 1974, págs. 112-18; Mario JUSTO LOPEZ: "Poder legislativo", en *Argentina 1930-1960*, Buenos Aires, 1961, págs. 108-12.

siones. Después de todo, los empresarios industriales no tenían participación significativa en la coalición sociopolítica en el gobierno.

En la orientación política del movimiento sindical no se produjeron cambios relevantes durante el régimen de Uriburu. Sin embargo, las demandas de la tendencia sindicalista, en general, no fueron escuchadas. El proceso continúa en esos términos durante la presidencia de Justo, creándole serios problemas a los sindicalistas. Los neoconservadores fueron, en rigor, indiferentes al movimiento obrero y cuando el gobierno deseaba hacer contacto con los trabajadores, le resultaba más útil recurrir a los socialistas que a los sindicalistas. En los años '30 la actitud del gobierno hacia los sindicatos adquirió extremada importancia debido a las propias debilidades de las organizaciones obreras. Periódicamente, los trabajadores se veían sometidos a períodos de alto desempleo, lo cual hacía difícil la organización, amén de la violenta oposición de muchos patrones que se rehusaban a negociar<sup>32</sup>.

Había ciertas áreas a donde convergían los intereses del gobierno y de la clase obrera. Los neoconservadores querían una oposición política dentro del sistema y además querían tranquilidad, en tanto que los sindicatos buscaban por mejorar las condiciones de sus asociados. Para aunar estos intereses, el movimiento obrero debía enfrentarse al gobierno de modo tal de obtener una respuesta positiva, pero debía frenarse antes de que la amenaza desencadenara una acción represiva.

Para los sindicalistas no existían ventajas especiales ya que el enfrentamiento de la clase obrera con el gobierno podía tener lugar de dos formas básicas: la huelga o la presión política. El gobierno tenía tres opciones para responder a las huelgas: 1) ignorarlas e invocar procedimientos normales de policía; 2) la represión y 3) obligar a la patronal a realizar concesiones. Los sindicatos debían primero atraer la atención del gobierno y entonces la acción del Estado estaría determinada por una serie de factores, incluyendo la situación política del momento, el tipo de gremio, la industria afectada y la magnitud de la protesta. A pesar de todo, el gobierno nunca indicó con claridad cuáles eran las bases en que fundaba sus decisiones.

Ninguna organización obrera tenía fuerza suficiente para empujar al gobierno hacia una acción positiva. Tal vez podía lograrse en aquellas industrias donde las huelgas resultaran sumamente graves o donde fuesen particularmente visibles. Por ejemplo, la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos fue a la huelga en mayo de 1932 para contrarrestar los esfuerzos de la empresa telefónica, controlada por la ITT (International Telephone and Telegraph), por destruir al gremio. Como sólo un reducido porcentaje de trabajadores se unió a la acción (entre el 16 y el 20 %), el sabotaje fue la principal arma utilizada por los huelguistas. Se interceptaron las comunicaciones entre la Capital Federal y los suburbios e incluso se llegó a cortar las líneas de la Casa Rosada y de Campo de Mayo. La reacción del gobierno

<sup>32</sup> Las estadísticas de desempleo para este período no son muy confiables. Durante los años 1929-1935 y nuevamente en 1937-1938 y 1939-1940 hubo altas tasas de desempleo. La subocupación fue tal vez el problema más grave. Muchos obreros percibían salarios muy por debajo del nivel de sobrevivencia. Véase los caps. II y III de HOROWITZ, op. cit.

no fue una simple represión sino que mostró algún grado de tolerancia, y más tarde, después de 52 días de huelga, los más altos niveles del gobierno intervinieron activamente. Por último, el gobierno emplazó a la empresa a llegar a una solución en el término de 48 horas<sup>33</sup>.

Esta conducta puede atribuirse a una serie de factores. La compañía de teléfonos gozaba de muy poco crédito en la opinión pública debido a problemas de su servicio, agravados porque se trataba de una empresa norteamericana que controlaba un medio vital de comunicación. Además, el momento era muy oportuno: era la primera huelga importante después del régimen de Uriburu y el gobierno quería hacer saber al movimiento obrero que no sería tan represivo como su predecesor inmediato. Finalmente, Justo enfrentó durante la huelga una amenaza de la derecha y recibió el apoyo de los grupos de centro-izquierda que favorecían a los trabajadores<sup>34</sup>. Es importante destacar que la huelga duró mucho tiempo y que el gremio ejerció una gran presión a fin de provocar la intervención efectiva del gobierno a su favor. A pesar del éxito en 1932, los telefónicos nunca se sintieron con fuerzas suficientes para convocar a otra huelga en todo el período neoconservador, a pesar de que se presentaban problemas graves con la patronal<sup>35</sup>.

La huelga de los telefónicos no fue un ejemplo aislado del éxito que podía obtenerse presionando al gobierno. En 1939-1940 las autoridades de la provincia de Buenos Aires y de la Capital Federal se hallaban abocadas al establecimiento de una serie de contratos colectivos en la industria textil. Esto se hizo, en parte, para evitar el caos en una industria de rápida expansión, pero es probable también que la rivalidad entre las dos jurisdicciones políticas haya estimulado al gobierno a acceder a las demandas gremiales<sup>36</sup>.

El poder de negociación de los trabajadores con figuras claves del gobierno ya no existía, exceptuando un gremio: el de los ferroviarios. Los neoconservadores sólo tenían un interés limitado por atraerse votos, pero

<sup>33</sup> Una descripción general de la huelga se publicó en *La Nación*, 24 de mayo al 14 de julio de 1932; *La Vanguardia*, 24 de mayo al 14 de julio de 1932; *Review of the River Plate*, 27 de mayo al 22 de julio de 1932. Número de huelguistas, en Embajada de los Estados Unidos de América en Buenos Aires al secretario de Estado, 10 de junio de 1932, National Archives Record Group 59, File N° 835.504/78, pág. 9; Entrevistas con Luis F. Gay, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1975 y 17 de febrero de 1976. Para la destrucción de cables consultese *Review of the River Plate*, 3 de junio de 1932, pág. 7, y 10 de junio de 1932, pág. 9. Entrevista con Luis F. Gay, Buenos Aires, 11 de noviembre de 1975. Luis F. GAY, IDTPHO, pág. 17; FEDERACION DE OBREROS Y EMPLEADOS TELEFONICOS, op. cit., pág. 17. La presión del gobierno sobre la empresa puede verse en Embajada de los Estados Unidos de América en Buenos Aires al secretariado de Estado, 15 de julio de 1932, National Archives Record Group N° 59, File N° 835.75/13, págs. 1-2.

<sup>34</sup> HOROWITZ, op. cit., págs. 358-361.

<sup>35</sup> Véase por ejemplo, *Federación*, marzo de 1936 a abril de 1937, diciembre de 1937/enero de 1938-1939, especialmente febrero y agosto de 1939. *La Vanguardia*, julio a setiembre de 1939.

<sup>36</sup> UNION OBRERA TEXTIL: *Memoria y balance correspondiente al año 1939*, Buenos Aires, 1940; *El Obrero Textil*, junio de 1939 a junio de 1940; *La Vanguardia*, junio de 1939 a junio de 1940; Jorge Michellón, Entrevista realizada por Juan Carlos Torre, II, págs. 12-15. Ricardo GAUDIO y Jorge PILONE: *Estado y relaciones obrero-patronales en los orígenes de la negociación colectiva en Argentina*, Centro de Estudios de Estado y Sociedad, Estudios Sociales, N° 5, Buenos Aires, 1976.

al igual que sus predecesores, no podían permitirse problemas con los ferrocarriles<sup>37</sup>.

De todos modos, cuando el gobierno se sentía amenazado por una huelga o veía que sus intereses estarían mejor preservados reprimiendo, recurría al uso de la fuerza. En la misma época de la huelga de los telefónicos, en la que finalmente se favoreció a los trabajadores, el gobierno estaba aplastando las huelgas organizadas por los anarquistas entre panaderos y transportistas y hasta declaró ilegales a los gremios anarquistas<sup>38</sup>. Una táctica más corriente era simplemente mandar la policía a los huelguistas, haciendo difícil o casi imposible la continuación de la huelga. Muchos paros, especialmente los menos importantes, fueron virtualmente ignorados por el gobierno y sólo se enteraba la policía que, por supuesto, actuaba en favor de la patronal. Aun cuando el Departamento Nacional del Trabajo demostara algún interés por el caso, no tenía poder para defender la posición obrera<sup>39</sup>.

Es evidente, pues, que recurrir a las huelgas para presionar al gobierno no era un modo confiable de obtener apoyo. Era una táctica que producía resultados impredecibles y los triunfos a menudo eran efímeros, ya que las concesiones que se obtenían por presión del gobierno no eran luego acatadas por la patronal<sup>40</sup>.

La respuesta favorable a las reivindicaciones obreras podía lograrse de otro modo: por medio de la presión política. Especialmente durante el período anterior al retorno de los radicales a la política electoral, las demandas de los socialistas debían ser tomadas en cuenta. Los socialistas ayudaban a legitimar al régimen y lo apoyaban en contra de las amenazas de la derecha. Los neoconservadores se mostraban dispuestos, en consecuencia, a hacer concesiones en cuestiones menores pero que para los socialistas poseían importancia.

Los dirigentes de la Federación de Empleados de Comercio aprovecharon esta oportunidad, explotando la índole particular del gremio que estaban organizando. Esta Federación trataba de representar a un amplio sector de empleados de servicios de la ciudad de Buenos Aires, pero sus asociados eran en su mayoría empleados de tienda, que se consideraban a sí mismos

<sup>37</sup> El gobierno protegió los intereses básicos de los gremios ferroviarios con un arbitraje presidencial en 1934. Los trabajadores debieron hacer concesiones importantes pero se los protegió contra los despidos y la reducción permanente de los sueldos. Véase las declaraciones de los gremios y de las empresas en *La Prensa*, 26 de setiembre de 1934. La sentencia puede verse en *El Obrero Ferroviario*, 1º de noviembre de 1934. Otros sindicatos se reunían regularmente con el Departamento Nacional del Trabajo, pero éste a menudo no podía hacer nada. Las reuniones con otros funcionarios eran en general de ceremonial.

<sup>38</sup> *La Prensa*, 1º al 7 de julio de 1932; *La Nación*, 1º al 7 de julio de 1932.

<sup>39</sup> Ejemplos del uso de la acción policial pueden consultarse en Comité de Huelga de la Casa Gratty, *Informe y balance*, Buenos Aires, 1936; *El Obrero Textil*, octubre de 1936 para la huelga en Gratty. Otro ejemplo es la huelga de Gerino, *La Vanguardia*, 25 de julio al 3 de setiembre de 1935. Con respecto a la ineficacia del Departamento Nacional del trabajo, véase *La Nación*, 14 al 16, 19 y 24 de junio de 1932; *La Vanguardia*, 14, 15 y 19 de junio de 1932.

<sup>40</sup> Para los problemas que continuamente afectaron a Narciso Muñoz véase, por ejemplo, *La Vanguardia*, 23 de febrero al 6 de abril de 1933; *El Obrero Textil*, abril de 1933, 1º de mayo de 1934, 2ª. quincena de mayo de 1940; *Federación*, abril de 1933; *El Obrero Ferroviario*, 16 de abril de 1933.

como pertenecientes a la clase media y se resistían a la huelga. No obstante, las condiciones eran muy malas en muchas tiendas y se deterioraban en otras a medida que la crisis aumentaba la competencia.

La organización presentaba ciertas ventajas. Si bien en 1932 la Federación estaba compuesta por un puñado de militantes socialistas, sus potenciales asociados eran muy numerosos<sup>41</sup>. Por la idiosincrasia de clase media de sus asociados, el gremio tenía un grado de formalidad y de impacto político que de otro modo no hubiese tenido. Además, los dirigentes gremiales se dieron cuenta de que era imposible mejorar las condiciones empresa por empresa en una actividad tan competitiva. Lo que se necesitaba eran leyes que impusieran condiciones de trabajo mínimas y que pudiesen implantarse con facilidad; así se aumentaría el número de asociados y el gremio obtendría los medios para protegerlos. Los dirigentes también advirtieron que una reforma de las leyes laborales sólo podía conseguirse por medio de una movilización política masiva que se extendiese más allá de su base en el Partido Socialista.

La campaña de reforma de las leyes laborales para los empleados de comercio dependía de dicho partido, que proporcionaba a muchos de los oradores que viajaban por todo el país, así como a los diputados que se encargarían de introducir las medidas en el Congreso. Aunque los socialistas estaban haciendo todo lo necesario e incluso extendiendo su acción más allá del gremio, no tenían la fuerza suficiente para lograr un éxito legislativo. Es por eso que, en 1932, la Federación de Empleados de Comercio formó una alianza con otros gremios y organizó una confederación nacional de empleados de comercio para coordinar la propaganda. Con estos medios obtuvo una victoria política excepcional, que involucró a miembros de todos los partidos en un movimiento prolaboral. Los políticos participaron en una serie de campañas y manifestaciones muy bien orquestadas; se utilizó todo tipo de estrategias para demostrar el apoyo de la opinión pública a esas medidas y la propaganda tuvo un éxito sensacional. Entre 1932 y 1935 todas las reformas exigidas, es decir, horario obligatorio para cerrar los comercios, sábado inglés y cambios en el código de comercio para establecer la indemnización por despido y las vacaciones pagas, fueron sancionadas por ley. La agitación política había llegado a niveles desconocidos en la Argentina, pero sólo tuvo éxito gracias a que las reformas no amenazaban destruir los privilegios consagrados de la élite gobernante<sup>42</sup>.

El éxito legislativo dio impulso a la Federación de Empleados de Comercio. Sus asociados, que en 1932 sumaban 820, pasaron a un total de 18.489 en 1936, en tanto la confederación nacional contaba con 45.000 en 1942. Este gremio constituyó una fuerza importante en las grandes tien-

<sup>41</sup> Para la historia del sindicato véase HOROWITZ, op. cit. Número de asociados de la Liga Patriótica: "Sindicatos obreros de la Capital Federal" (setiembre de 1932), incluido en Embajada de los Estados Unidos de América en Buenos Aires al Secretario de Estado, 13 de octubre de 1932, National Archives Record Group 59, File N° 835.00B/69. La fuente original es muy probablemente la policía.

<sup>42</sup> HOROWITZ, op. cit., págs. 225-37. Algunas de las leyes sólo se aplicaban a la Capital Federal. La gran expansión de los sindicatos en los años '30 no constituyó una amenaza directa a la élite.

das de la Capital Federal<sup>43</sup>. Sin embargo, a pesar del creciente poder de la organización, siguió dependiendo del apoyo del Partido Socialista. Por ello, no logró hacer pasar una ley de jubilación similar a la existente entre otros sectores privilegiados de la clase obrera, debido parcialmente al declinante poder de los socialistas en el Congreso después de 1936<sup>44</sup>.

Otros gremios trataron de seguir los pasos de la Federación de Empleados de Comercio, pero no pudieron hacerlo en la misma medida. El Partido Socialista no encaró iniciativas como para extender estas victorias a otros sectores y las demás organizaciones obreras no tenían dirigentes tan hábiles ni la actitud respetable de los empleados de comercio. No obstante, algunos gremios pudieron sacar provecho del proceso político y del papel que jugaron los socialistas. La Unión de Obreros Municipales, organización que representaba a los trabajadores de la Municipalidad de Buenos Aires, construida sobre tradiciones iniciadas antes de 1930, buscó la colaboración de los socialistas en el Concejo Deliberante para obtener mejores condiciones para los trabajadores, tales como botas de goma impermeables y ratificación del sábado inglés. El Concejo Deliberante se hizo eco de las protestas. Tanto éxito tuvo el sindicato en la sanción de estas medidas que logró un lugar destacado frente a otros gremios, los cuales deseaban granjearse el apoyo de los obreros municipales<sup>45</sup>. El retorno de los radicales a la política electoral les planteó los mismos problemas que para los empleados de comercio, si bien a una escala mucho menor. Los socialistas habían sido de lejos el partido más numeroso en el Concejo Deliberante, pero en 1938 los radicales les arrebataron dicha preeminencia<sup>46</sup>. Los radicales no tenían ningún interés en ayudar a una organización comandada por sus principales rivales políticos en la Capital Federal, existiendo además otros grupos que podían recibir ayuda. Un factor compensador fue que la Unión de Obreros Municipales se había incorporado al sistema político municipal y por lo tanto negociaba directamente con la rama ejecutiva de la Intendencia en muchos problemas. En otras palabras, hasta cierto punto contaba con el apoyo de los neocon-

<sup>43</sup> DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO: *Boletín Informativo*, setiembre-octubre de 1936, pág. 4736; PAN AMERICAN UNION, Division of Labor and Social Information: *Labor Trends and Social Welfare in Latin America, 1941 and 1942*, Washington, 1943, pág. 3. En 1942 el gremio pudo firmar un acuerdo con la Cámara de Grandes Tiendas y Anexos; véase CGT, 24 de abril de 1942; *La Vanguardia*, 21 de abril de 1942.

<sup>44</sup> También intervinieron otros factores, tales como un mayor fraude electoral, lo cual produce en el gobierno un menor interés por la opinión pública y el deterioro progresivo del Congreso. También fue importante darse cuenta de que las anteriores reformas habían tenido consecuencias más amplias que las pretendidas. Una descripción de la campaña puede consultarse en FEDERACION DE EMPLEADOS DE COMERCIO, *Memoria de la Comisión Directiva del 1º de agosto de 1938 al 31 de julio de 1939*, Buenos Aires, 1939, págs. 10-11, y *Memoria de la Comisión Directiva del 1º de agosto de 1939 al 31 de julio de 1940* (Buenos Aires, 1941), págs. 9-12.

<sup>45</sup> La Unión Obreros Municipales ganó las elecciones de la Caja de Jubilaciones en 1930, 1932 y 1934. Las actividades del Concejo Deliberante pueden consultarse, por ejemplo en Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, *Actas del H. Concejo Deliberante*, III, 23 de setiembre de 1932, págs. 2.994-95; I, 5 de mayo de 1933, pág. 516; II, 1º de setiembre de 1933, pág. 1.669.

<sup>46</sup> Los radicales perdieron terreno en 1940, pero siguieron siendo el partido más numeroso en el Concejo Deliberante.

servidores. A pesar de ser cuestionada, la Unión de Obreros Municipales siguió siendo el gremio más numeroso de obreros municipales<sup>47</sup>.

Estos dos gremios fueron los que más se beneficiaron con el apoyo de los legisladores socialistas, aunque otras organizaciones también recibieron ayuda. Por ejemplo, entre 1932 y 1943 se debió revisar varias veces el estatuto de jubilación de los ferroviarios por falta de fondos. La posición de los gremios ferroviarios fue apoyada activamente por el Partido Socialista<sup>48</sup>. Los diputados utilizaban al Congreso para presionar al Poder Ejecutivo con el fin de que asumiera una actitud más favorable con respecto a los sindicatos. Se trataba en general de gestos simbólicos, pero que de algún modo reflejaban los deseos reales de los socialistas y el Poder Ejecutivo trataba de conformar al partido. También se podía contar con que los socialistas trataban de moderar (en general sin éxito) el uso de la fuerza policial durante las huelgas, coordinando una serie de apelaciones en la Cámara<sup>49</sup>.

El Partido Socialista podía cooperar de muchas pequeñas maneras con la actividad sindical. Su diario, *La Vanguardia*, traía muchas noticias sobre el movimiento obrero y en sus talleres se imprimía gran parte de la propaganda gremial. A los gremios menores se les facilitaban lugares de reunión para la sede y también la colaboración de oradores políticos notorios.

Después de 1936 decayó la capacidad de ayuda de los socialistas a los sindicatos, lo que no se debió únicamente a la influencia cada vez menor del partido. Después del acceso a la presidencia de Roberto M. Ortiz, en las elecciones fraudulentas de 1938, éste trató de llevar al país nuevamente a elecciones limpias. No por eso iba a renunciar al poder, sino que para fortalecer su posición, trató de crear un movimiento obrero que le fuera favorable. Ortiz intentó revertir el crecimiento de los socialistas en los sindicatos, con la destrucción de su poder en la agrupación obrera dominante del país, es decir, la Unión Ferroviaria. Para ello, apoyó un movimiento disidente de los sindicalistas, quienes formaron un gremio paralelo: la Federación de Obreros y Empleados Ferroviarios. Los ferroviarios representaban un gran volumen de votos y el dominio que tenían los socialistas sobre la Unión Ferroviaria y a través de ésta sobre la Confederación General del Trabajo, constituía una amenaza potencial de que dicha influencia pudiera extenderse más allá de la Capital Federal. En última instancia, sin embargo, Ortiz prefirió aceptar el dominio socialista en la Unión Ferroviaria antes que el caos que sus propios actos habían producido<sup>50</sup>. La breve presidencia de Ortiz

<sup>47</sup> La Unión Obreros Municipales perdió las elecciones de la Caja de Jubilaciones de 1936-1942 frente a una organización fantasma que no hizo más que participar en las elecciones y que con toda probabilidad estaba apoyada por los radicales. HOROWITZ, op. cit., págs. 281-82. El gremio de obreros municipales socialistas siguió siendo la mayor organización de su tipo, DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO: *Boletín Informativo*, set-oct., 1936, pág. 4.754; DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO, División de Estadística: *Organización sindical*, Buenos Aires, 1941, págs. 6-10.

<sup>48</sup> Véase, por ejemplo, *La Vanguardia*, setiembre-octubre de 1942.

<sup>49</sup> Véase ejemplos en CAMARA DE DIPUTADOS: *Diario de Sesiones*, V, 17 de agosto de 1932, págs. 120-23; VI, 3 de abril de 1941, págs. 852-58, 16 de abril de 1941, págs. 874-75.

<sup>50</sup> HOROWITZ, op. cit., págs. 389-400.

marcó un retorno frustrado al concepto de sindicatos que había tenido la Unión Cívica Radical.

Entre lo anterior y el cierre de este sistema político con Ramón Castillo existe un marcado contraste. La influencia del Partido Socialista siguió declinando, debido a que en los últimos años del período neoconservador el Congreso perdió importancia, a medida que el poder fue concentrándose en el Ejecutivo. Las restricciones políticas limitaron el impacto de los socialistas, especialmente después de la declaración del estado de sitio en diciembre de 1941. Igualmente los afectó la supresión del Concejo Deliberante de Buenos Aires ese mismo año, lo que disminuyó la capacidad del partido para presionar en favor de los obreros municipales<sup>51</sup>.

El Partido Socialista tenía también otro tipo de problemas. Era una fuerza importante sólo en la Capital Federal y la nueva industrialización se estaba produciendo fuera de sus límites jurisdiccionales. Más aún: la relación del partido con el movimiento obrero siempre fue algo ambigua. En 1918, había adoptado una resolución que separaba al partido de compromisos directos con los gremios, al mismo tiempo que instaba a sus correligionarios a sindicalizarse. Había arreglos previos entre los socialistas dentro de los sindicatos, pero cuando se decía que un gremio era socialista sólo se quería significar que sus dirigentes eran miembros del partido<sup>52</sup>. Salvo una o dos excepciones, los dirigentes obreros socialistas nunca tuvieron puestos importantes dentro del partido<sup>53</sup>. La organización política estaba controlada por una camarilla de muy pocos hombres, provenientes en su mayor parte de las filas profesionales, que habían sido figuras claves durante muchos años. Un gremialista de mucho talento y ambicioso como Angel Borlenghi, secretario general de la Federación de Empleados de Comercio, nunca ocupó un cargo político<sup>54</sup>. El Partido Socialista y los sindicatos tuvieron cada vez más roces a medida que las organizaciones obreras aumentaban en poder y tamaño. Muchos dirigentes sindicales querían una injerencia directa de los gremios en política<sup>55</sup>.

<sup>51</sup> Con respecto a los problemas creados por la supresión del Concejo Deliberante y la habilidad con que se manejaron con el gobierno municipal, véase *La Vanguardia*, 2 de junio de 1943.

<sup>52</sup> Alfredo LOPEZ: *¿Qué pasa en la Confederación General del Trabajo?*, Buenos Aires, 1943, págs. 6-9; PARTIDO SOCIALISTA: *Anuario Socialista 1930*, pág. 53-54.

<sup>53</sup> Francisco Pérez Leirós era el dirigente obrero más prominente aceptado por el Partido Socialista. Era quien dirigía a la Unión Obreros Municipales y fue electo cuatro veces como diputado. Su gremio tenía un cariz particularmente político por el tipo de mano de obra gran parte de la cual había sido nombrada por "acomodo". La mayoría de los gremialistas políticos eran gráficos y trabajaban para el diario del partido. En las provincias, el papel político de los militantes obreros parece haber sido algo mayor.

<sup>54</sup> Una sola vez estuvo incluido Borlenghi en la lista electoral, lo suficientemente abajo como para que no ganara (*La Vanguardia*, 5 de enero de 1932). Su firma había aparecido en una solicitud que provocó una división en el partido. Según él mismo, no había dado su consentimiento. La gente también le desconfiaba porque era diferente: en su oficina tenía una alfombra. Juan Rodríguez, IDTPHO, págs. 34-35; Camilo Almarza, IDTPHO, págs. 41-42; Pedro Otero, IDTPHO, págs. 55-57.

<sup>55</sup> Algunos dirigentes socialistas y comunistas querían que los gremios se acercaran a los partidos existentes (HOROWITZ, op. cit., pág. 266). Por otra parte, parecía que los dirigentes que habían sido cuidadosos de no involucrar a la CGT en políticas partidarias, pueden haber tenido la idea de crear su propio partido (ODDONE, op. cit., pág. 517).

Los demás partidos no mostraron un interés permanente por los sindicatos. Los radicales estaban demasiado confiados en su condición mayoritaria como para hacer un esfuerzo serio por cultivar los lazos con el movimiento obrero. Intentaron es verdad movilizar el apoyo latente pero significativo que tenían entre los obreros ferroviarios a principios del '40, mas se vieron obligados a hacer frente común con los comunistas, otorgando un manto de respetabilidad a las actividades de éstos<sup>56</sup>. Los partidos neoconservadores, después de un breve acercamiento con los obreros en el que propusieron dos miembros de la Unión Ferroviaria para la Cámara de Diputados en 1931 y consiguieron puestos en el gobierno para algunos dirigentes, abandonaron todo interés por los sindicatos<sup>57</sup>.

Además de los socialistas, una sola organización política demostró un interés permanente por el movimiento obrero: los comunistas. En la época del Frente Popular (1935-1939) muchos de sus dirigentes estaban fuera del país y el partido quedó en manos de gente vinculada directamente con el movimiento obrero. Una de las metas principales del partido fue constituir una fuerte corriente comunista dentro de él<sup>58</sup>. Ya en otros períodos los sindicatos habían sido foco de interés central para la actividad del Partido Comunista.

Los comunistas no tenían mucho ascendiente político, pero podían prestar ayuda a los obreros de distintas maneras. Más aún que los socialistas, tenían el talento de la organización. La estructura partidaria estaba acostumbrada a organizar sindicatos y la célula partidaria y el gremio comenzaban a actuar en forma conjunta. Durante la época del Frente Popular, los comunistas adoptaron la estrategia de concentrar todos sus recursos en organizar la fábrica más grande de un barrio determinado. Primero se aseguraban que hubiese buenos dirigentes, procurando ubicar a miembros del partido en cierta industria y tratando luego de ascenderlos rápidamente hasta los más altos niveles del sindicato. Con un gran interés por integrarse al sistema político, el partido instigó a los gremios a que salieran de los cánones tradicionales y trataran de aliarse abiertamente con partidos burgueses e incluso con la Iglesia. Los comunistas también proporcionaban propaganda en los diarios y otros tipos de ayuda administrativa a los sindicatos<sup>59</sup>.

<sup>56</sup> Esto se vio con claridad en la campaña para elegir a Julio Duró Amegino a la Caja de Jubilaciones. *La Hora*, 1940-1943, especialmente 13 de junio de 1940, 16 de enero, 27 de mayo, 1º de agosto, 29 de diciembre de 1941; Julio Duró Amegino, entrevista con Robert J. Alexander, 30 de octubre de 1946.

<sup>57</sup> Para los dos obreros ferroviarios, *La Vanguardia*, octubre de 1931. Alejandro Silvetti y Andrés Cabona, dirigentes clave en la CGT antes de 1936, fueron nombrados en puestos de poca responsabilidad dentro del gobierno. *El Obrero Ferroviario*, 20 de diciembre de 1935, 1º de marzo de 1936; *La Vanguardia*, 13 de diciembre de 1935; Andrés Cabona, IDTPHO, pág. 93.

<sup>58</sup> Para consultar distintas versiones sobre el partido, véase PARTIDO COMUNISTA DE LA ARGENTINA: *Esbozo de la historia del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, 1947, págs. 89-91; Jorge Abelardo RAMOS: *Historia del stalinismo en la Argentina*, Buenos Aires, 1974, págs. 113-34.

<sup>59</sup> Véase Rufino GOMEZ: *La gran huelga petrolera de Comodoro Rivadavia (1931-1932)*, Buenos Aires, 1973. Para la concentración en las fábricas más grandes, entrevistas con Jorge Michellón, Buenos Aires, 24 de junio de 1976. Para la ubicación de dirigentes en los gremios véase *El Obrero Textil*, octubre de 1940; Jorge Michellón, entrevista con Juan Carlos Torre, I, págs. 7-8.

Los comunistas fueron el sector más dinámico del movimiento obrero entre 1935 y 1939 ya que, en lugar de concentrarse en problemas inmediatos, preferían una primera etapa de intensa organización. Es así que inciden en sectores de la economía tales como la industria pesada, que nunca antes había sido organizada. En la construcción y en la industria textil se crearon sindicatos comunistas fuertes y también se establecieron bases importantes en la metalúrgica y en los frigoríficos<sup>60</sup>.

Estos éxitos se frenaron por el cambio de tácticas después del pacto de Hitler y Stalin en 1939. Al disolverse el Frente Popular surgieron serios conflictos entre socialistas y comunistas, que repercutieron desfavorablemente en la organización de los sindicatos. La situación no pudo revertirse ni aun con un segundo giro político después de la invasión de la Unión Soviética por los alemanes. El aparato del Partido Comunista ya no se concentró en los sindicatos ni en los obreros argentinos, sino en la guerra<sup>61</sup>. Los comunistas tuvieron asimismo más dificultades con el gobierno después que Ramón Castillo asumió el poder en 1940. Sus dirigentes, al igual que otros líderes obreros, iban con regularidad a pedir ayuda al gobierno, durante la época del Frente Popular no eran mal recibidos. En el período de abril a diciembre de 1939, el sindicato de textiles, dominado por los comunistas, presentó 331 asuntos a las autoridades nacionales y a las de la provincia de Buenos Aires. Bajo Castillo estos canales les fueron parcialmente cerrados. En 1941 y 1942 el Departamento Nacional del Trabajo se rehusó a negociar con los gremios comunistas más importantes, privándolos de este modo del único mecanismo de presión externa<sup>62</sup>.

El apoyo de los partidos Socialista y Comunista permitió la expansión de los gremios a ellos vinculados, a pesar de que el tipo de ayuda brindado fuera sólo limitado. Los sindicalistas por su parte no podían recurrir a nadie. Los gobiernos neoconservadores no tenían mucho interés en los sindicatos y los radicales tampoco. Después de 1930 la corriente sindicalista perdió rápidamente la posición dominante que había ocupado en el movimiento obrero, ya que sus demandas al Poder Ejecutivo en general no obtuvieron respuesta alguna. Las líneas apolíticas no gozaron más de su anterior popularidad en medio de la crisis que se vivía en Europa por el apogeo del nazismo y la Guerra Civil Española.

El deterioro de los sindicalistas se produjo rápidamente: perdieron el control de la Unión Ferroviaria y los demás gremios de esta corriente también fueron declinando. Después de diciembre de 1935, cuando la Confede-

<sup>60</sup> DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO, División de Estadística: *Organización sindical*; HOROWITZ, op. cit., págs. 254-67, 284-301.

<sup>61</sup> Entrevista con Luis V. Sommi, Buenos Aires, 24 de agosto de 1976. Entrevista con Jorge Michellón, Buenos Aires, 8 de enero de 1976. Angel PERELMAN: *Cómo hicimos el 17 de octubre*, Buenos Aires, 1961, págs. 29-33. Si bien la meta principal de los comunistas era la de ganar la guerra, es poco probable que no hayan hecho siempre lo mejor que pudieran para defender a los obreros, como los acusan algunos.

<sup>62</sup> El *Obrero Textil*, enero de 1940, 2<sup>a</sup> quincena de diciembre, 1941: CAMARA DE DIPUTADOS: *Diario de Sesiones*, III, 4 de setiembre de 1941, pág. 890. Celia DURRUTY: *Clase obrera y peronismo*, Córdoba, 1969, págs. 96-97.

ración General del Trabajo se divide por causas ideológicas, emerge con claridad el escaso predicamento de los sindicalistas. En 1936 sólo controlaban unos pocos gremios mayores y nada más que el 7 por ciento del total de agremiados<sup>63</sup>. Las organizaciones orientadas más políticamente habían crecido a expensas de los sindicalistas. No obstante, una fracción significativa de dirigentes socialistas, incluyendo a muchos de la Unión Ferroviaria, trató de que el Partido Socialista mismo no interfiriera en los asuntos del sindicato<sup>64</sup>.

### Conclusiones

En los años '30 el movimiento obrero argentino se volvió más combativo y politizado. El vínculo directo entre los gremios sindicalistas y el Poder Ejecutivo, que tan bien había funcionado durante el período radical, dejó de existir y el poder de éstos declinó fuertemente. Las organizaciones obreras que tenían contactos con los partidos políticos tuvieron en cambio mucho más éxito. Los gremios socialistas y comunistas se expandieron notablemente. Hacia fines de la década del '30 los socialistas y sus aliados controlaban la mayor parte de los grandes sindicatos, especialmente en el sector de servicios. Los comunistas habían logrado un éxito sustancial en la organización de gremios de las nuevas industrias. Así se expande el movimiento obrero que, de acuerdo con cifras oficiales, tenía en 1941 unos 441.412 agremiados, representando un 12 por ciento de la población económicamente activa, sin incluir al sector rural<sup>65</sup>.

La mayor politización del movimiento obrero estaba obstaculizada por la misma índole del sistema político, el cual, por otra parte, instigaba dicha politización. Los neoconservadores trataron de controlar estas fuerzas emergentes por medio del fraude, sin mostrarse dispuestos a tomar medidas efectivas para resolver los problemas sociales. Los dirigentes comunistas dependían de la buena voluntad del gobierno para intervenir en los conflictos obreros a favor de estos últimos; de hecho, esta buena voluntad faltó muchas veces. El Partido Socialista no ofrecía a sus dirigentes la posibilidad real de obtener mejores condiciones para sus agremiados y lo que es aún peor, estos dirigentes eran excluidos en gran medida de los círculos de poder del partido. Por lo tanto, el Partido Socialista no constituía un vehículo efectivo para incorporar a los sindicatos al sistema político.

<sup>63</sup> Calculado a partir de DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO: *Boletín Informativo*, set.-oct., de 1936, págs. 4.728-4.758. Este deterioro se debe por lo menos en parte a la decadencia de las industrias en las que se habían fundado los sindicalistas. La pérdida del control de la Unión Ferroviaria se debió al descontento con las condiciones existentes y la denuncia de los socialistas de atribuirlas a quienes estaban en el poder.

<sup>64</sup> HOROWITZ, op. cit., pág. 203-6, 262-64, 444-65.

<sup>65</sup> Calculado a partir de Carlos F. DIAZ ALEJANDRO: *Essays on the Economic History of The Argentine Republic*, New Haven, 1970, pág. 428, y DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO, División de Estadística: *Organización sindical*, pág. 27. Si bien la cifra de agremiados está indudablemente inflada, el porcentaje de asociados en Buenos Aires superaba con seguridad el 12 por ciento.

El vínculo del movimiento obrero era con los partidos marginales, pero los beneficios que podía acarrearle la movilización política eran bastante modestos. Si bien los apoyos ofrecidos por socialistas y comunistas ayudaron a crear un movimiento obrero bastante considerable, si se lo compara con esfuerzos anteriores, no podían sin embargo satisfacer las crecientes demandas de los trabajadores.

Entre 1939 y 1943 el movimiento obrero debió enfrentarse a la inflación y a un contingente cada vez mayor de potenciales asociados que no podían ser movilizados, todo lo cual promovió una creciente frustración. El tipo de apelación que podían hacer los partidos vinculados al movimiento obrero ya no resultaba adecuado. La insatisfacción, tanto en las bases como entre los dirigentes, se manifestó en una incesante agitación interna. La Segunda Guerra Mundial complicó aún más el panorama ideológico, pero gran parte del descontento estaba creado por la incapacidad de dar soluciones efectivas a los problemas de la clase obrera<sup>66</sup>.

Si bien hubo un compromiso abierto con los partidos políticos, éstos no podían hacer mucho. Los sindicatos eran cada vez más dependientes del gobierno, pero ni los comunistas ni los socialistas podían proporcionarles una intervención confiable. El descontento por las condiciones existentes permitió que grandes sectores del movimiento obrero fuesen receptivos a una alianza con fuerzas políticas más efectivas. En los años 1943 a 1945, cruciales para el país, Juan Perón fue quien representó esta esperanza. Perón no sólo ayudó a la clase obrera a conseguir reivindicaciones materiales y simbólicas que antes se le habían denegado, sino que también cambió las reglas del juego político, haciendo nombrar a dirigentes obreros en cargos importantes dentro del gobierno. Las viejas fuerzas políticas habían logrado cambiar la orientación política del movimiento obrero, pero no tenían cómo ayudar a los sindicatos en un cúmulo de problemas que se iban tornando cada vez más complejos.

*Traducido por Sibila Seibert*

<sup>66</sup> HOROWITZ, op. cit., págs. 431-501. Otra descripción de los conflictos de dicho período puede consultarse en David TAMARIN: "The Argentine Labor Movement in an Age of Transition, 1930-1945" (tesis de doctorado), Universidad de Washington, 1977, págs. 238-71.

## RESUMEN

*Las relaciones entre el gobierno y el movimiento obrero ayudaron a conformar la ideología política de los sindicatos argentinos aun antes de 1943.*

*En los años '20, la aparente falta de interés de los sindicalistas por la política se adaptó muy bien al deseo de la Unión Cívica Radical de ampliar su base electoral. Dentro de un conjunto limitado de circunstancias, el gobierno estaba dispuesto a responder favorablemente al pedido de ayuda de los sindicatos. Este esquema no pudo continuar después de 1930, cuando los neoconservadores tomaron el poder, ya que éstos demostraron una indiferencia total e incluso hostilidad contra los sindicatos.*

*Este cambio de actitud ayudó a fomentar la politización del movimiento obrero, dado que los neoconservadores estaban dispuestos a ayudar a los socialistas (en ciertas áreas que no consideraban de vital importancia) a cambio de que éstos siguieran apoyando al sistema político. Los partidos políticos también proporcionaron una ayuda importante a los sindicatos en lo que se refiere a su organización. Si bien el movimiento obrero pudo crecer, el tipo de asistencia que prestaban los partidos marginales, interesados en el movimiento obrero, resultó insuficiente en 1943 para cubrir las crecientes necesidades de la clase obrera.*

## SUMMARY

*Interaction between governments and labor movements helps define the nature of unions. This relationship shaped the political ideology of Argentine unions even prior to 1943.*

*In the 1920s the outward lack of interest in politics of the Syndicalists fitted well with the Radical Party's desire to expand its electoral support. In a limited set of circumstances the government was willing to respond favorably to the unions' requests for help. This type of appeal no longer worked after the seizure of power in 1930 by the neo-Conservatives because of their general indifference, if not hostility towards unions.*

*This change in attitude helped lead to the politicalization of the labor movement, as the neo-Conservatives were willing, on matters that they did not consider of vital importance, to aid the Socialists in return for their continued support for the political system. Political parties were also able to provide important assistance to the unions in organizational matters. While permitting the labor movement to grow, the type of help that could be provided by the marginal parties that were interested in the labor movement was not enough to meet the expanding needs of the working class by 1943.*